

Que los repartidores habian sido demasiado numerosos;

Que se habian tomado demasiado trabajo y habian dado pruebas de una habilidad demasiado profunda;

Que la distribucion habia debido ocasionar gastos demasiado considerables;

Que se habia guardado demasiado bien el secreto.

En cuanto á la explicacion de los medios empleados, era por entónces imposible. Probablemente se encontrarían más adelante. Pero urgía mucho estar prevenido á todo evento.

Algo llegó el público á traslucir de todo esto. Se supo que habia una informacion, en la cual se tomaba declaracion á muchos testigos. La incredulidad general disminuyó bastante.

Cada periódico habia referido y comentado las cosas á su manera, como es costumbre. El primer dia todos ellos solo se permitieron algunas indicaciones chuscas sobre el reparto nocturno, que calificaron de muy extraño, pero sin darle ninguna importancia, aconsejando todos á sus lectores que se pusiesen en guardia contra las exageraciones y fábulas mezcladas al parecer con la mayor parte de las narraciones. Estas al dia siguiente se multiplicaron de tal manera, que hubo necesidad de

dar algunos pormenores, y todos los periódicos reprodujeron el texto del anuncio, acompañándolo cada cual de su correspondiente comentario, dictado generalmente por un perfecto excepticismo. Pasados algunos dias, nadie quizás hubiera vuelto á hablar del asunto, si á un diario no le hubiera ocurrido tomarlo por lo sério, con lo que provocó una carcajada unánime. El inocentón y cándido periódico se llamaba *El Universal*. Al cuarto dia publicó un largo artículo en que enumeraba todas las circunstancias, tan numerosas como inexplicables, que estaban al parecer bien averiguadas, partiendo de ellas para sostener que hombres capaces de haber rechazado tan gran prodigio no podían ser farsantes ni charlatanes vulgares, que lo más prudente era, ya que no creer ciegamente en algun portentoso descubrimiento, aguardar al ménos el 1º de Junio ántes de echarlo todo á barato. En cuanto á él, confesaba muy alto que se sentia más dispuesto á creer que á dudar. Hasta llegaba á aventurar una hipótesis. Le parecia probable que se habia hallado un medio de dar direccion á los globos. Segun todas las apariencias, los repartidores nocturnos eran aeronautas dirigidos y amestrados por el inventor. Y tal vez el 1º de Junio se verían navegar por encima de Paris centenares de globos obedeciendo todos los impulsos que tu-

viesen á bien comunicarles los conductores que tripulasen los esquifes.

El *Universal* quedó abrumado bajo el peso de pullas y sarcasmos, ya que no de buenas razones. El que más formalmente se dignó discutir con él, solo le hizo observar que una invencion semejante habria requerido una multitud de experimentos que no podian quedar profundamente ignorados. No se podian suponer ménos de trescientos reparadores. ¿Cómo admitir que trescientos globos, susceptibles de ser dirigidos, hubiesen podido construirse sin que nada se trasluciese? ¿Cómo suponer que hubiesen podido ser hinchados de antemano, lo que es una operacion bastante larga y que requiere un personal numeroso, y luego practicar sus evoluciones en Paris durante toda una noche, sin que nadie percibiese uno solo de ellos? Además, ¿no estaba científicamente demostrado que el globo aerostático susceptible de ser dirigido es una pura quimera, no pudiéndose hallar en el aire suficiente resistencia, y siendo necesario dar á los globos dimensiones que no guardan proporcion alguna con ningun motor aéreo posible? Todo esto fué dicho incidentalmente en medio de innumerables epigramas. *El Universal* no dió su brazo á torcer, ni hizo caso alguno del ridículo en que se pretendia envolverle, oponiendo á los di-

charachos argumentos sólidos que dieron en qué pensar á muchos incrédulos. Ganó en la polémica numerosos suscritores. Al mismo tiempo se hicieron públicos algunos pormenores de la sumaria en que habian figurado ya tantos testigos. Se desechó desde luego la hipótesis de un gran número de globos susceptibles de ser dirigidos, no siendo posible conciliarla con la infructuosidad de las pesquisas de los tribunales y de la policía. Pero empezó á sospecharse que habia en todo aquello algo de muy formal, puesto que se ponian en juego medios de investigacion tan poderosos. Los que más lo tomaban todo á broma empezaron á pasarse á á las filas de *El Universal*, el cual no tuvo inconveniente en declarar que no se aferraba á su hipótesis de multitud de globos, y se limitaba á sostener contra todos sus adversarios que algo extraordinario sobrevendria el 1º de Junio. Los demás periódicos no las tenian ya todas consigo. ¿No habrian representado un papel muy desairado, si el acontecimiento daba la razon á un contendiente, como empezaba ya á parecer ménos imposible? Todos se dispusieron á un habilidoso cambio de frente para el caso en que hubiese necesidad de rendirse á la evidencia.

Llegaron luego los ecos de la impresion producida en las provincias, la cual en un principio no

fué más que la repercusión de la que en París tomó las apariencias de un completo excepticismo. Pero muy pronto varió todo de aspecto. En las provincias hay más tiempo de leer y reflexionar, y *El Universal* adquirió en ellas muchos prosélitos. La generalidad se abandonó sin ninguna vergüenza hipócrita á los ardores de una violenta curiosidad. Muchos hicieron su maleta para hallarse en París el 1º de Junio. Las compañías de ferrocarriles pensaron en organizar trenes de placer á precios módicos, y los hubieran organizado indudablemente si á ello no se hubiera opuesto la discreción del gobierno.

Sin embargo, faltaban aun diez dias para terminar Mayo, y ya la gente empezaba á estar cansada de oír hablar siempre de una misma cosa. No hay objeto de conversacion que á fuerza de manosearlo no se haga al fin pesado. Dejóse de hablar casi enteramente del misterioso anuncio de que se hallaba ya saturada la atención pública, y se hizo de moda declarar que toda alusion al 1º del próximo Junio ó al reparto nocturno era de mal gusto é irritaba los nervios más aguerridos. Hubiérase dicho tres dias ántes del 1º de Junio que nadie habia de dar un paso para buscar la llave del enigma, cuando una nueva circunstancia despertó de repente las preocupaciones adormecidas,

Hubo un segundo reparto nocturno, no ya de una hoja autografiada, sino de medallas de hoja de lata, algo mayores que una moneda de cinco francos, las cuales se distribuyeron con la misma profusion que el anterior anuncio, pero sin rotura de cristales ni mano cubierta de guante percibida por algunos. En dichas medallas estaban grabadas groseramente, pero en caracteres muy inteligibles, las siguientes palabras:

DOMINGO

1º DE JUNIO,

á las doce

PLAZA DE LA CONCORDIA.

Además se observó una cosa singular encima de la casa en que estaban las oficinas de *El Universal*. Este periódico ostentaba en el alero del tejado entre dos chimeneas una muestra de palastro en que se leía su título, con gruesos caracteres que podian verse desde muy léjos. Durante la noche se habia puesto encima de la muestra una gran bandera blanca, sin más lema que el siguiente, escrito en letras que tenian dos metros de altura:

¿ANIMO?

Se averiguó perfectamente que nadie durante

la noche había podido subir al tejado. Por último, el obelisco de la plaza de la Concordia se había emperegilado con un nuevo adorno que consistía en una especie de gorro de dormir de lienzo blanco que formaba cuatro caras, leyéndose en cada una de ellas:

AQUI

DOMINGO

1º DE JUNIO

á las doce.

Esta vez no se contentó la gente con preocuparse, sino que empezó á no avergonzarse de su preocupación. Los estudiantes, los trabajadores, el pueblo de los arrabales, sobreponiéndose á todo respeto humano, se abandonaron francamente á una curiosidad que se hizo contagiosa. En el *Jockey-club* y en todas las reuniones se hicieron grandes apuestas en pro ó en contra de la realidad del acontecimiento que se esperaba. Hasta los bolsistas se persuadieron de que el 1º de Junio influiría en uno ú otro sentido en los fondos públicos, y se dividieron en alcistas y bajistas. Las mujeres expresaron enérgicamente su deseo de ir á ver la función, con gran contentamiento de los maridos, que hallaron en la curiosidad de sus caras mi-

tades un pretexto para satisfacer la suya. La gente del pueblo, sobre todo, se dispuso para invadir en masa la plaza de la Concordia. En cuanto á los individuos de las demás clases, los había que no tenían gran miedo á los apretones de la multitud, y se resolvieron á arrostrarlos. Los que temían ser estrujados se procuraron ventanas en los baluartes ó en los muelles. La calle Real era el blanco de todas las ambiciones. Uno de sus vecinos, que no debía ser rana, tuvo la feliz ocurrencia de poner el 29 do Mayo pegado á la pared de su casa un cartel que decía: *Se alquilan ventanas para el 1º de Junio*. El ejemplo fué inmediatamente seguido y se propagó, como el incendio de un reguero de pólvora á los baluartes, la calle de Rívoli y los malecones. Todas las localidades se alquilaron á precios fabulosos, que revelaban una curiosidad llevada á su paroxismo. A las cinco de la tarde del 31 de Mayo no quedaban ya más que algunos carteles en los barrios más lejanos de la plaza de la Concordia.

Era indudable que la concurrencia sería enorme, y acerca del particular no cabía á la autoridad la menor duda. Todas las tropas se pusieron sobre las armas en sus cuarteles, y se reforzaron y amunicionaron las guarniciones vecinas. La artillería se puso en disposición de funcionar, con las piezas ata-

lajadas en los patios de sus cuarteles. Verdades que todas estas precauciones se tomaron con el mayor sigilo posible. Antes de amanecer se apostaron en todos los puntos donde debía agolparse la muchedumbre agentes de policía y municipales de París á pié y á caballo, con las más severas consignas para mantener el orden y prevenir los accidentes. En algunas calles se prohibió el tránsito de carruajes, y todo se reglamentó como en los días de fiesta nacional.

Y cada cual se decia que si de lo que se trataba era de hacer correr al público un bromazo, el autor de la ocurrencia se habia salido con la suya.

PARÉNTESIS.

Los acontecimientos sucesivos, no obstante ser tan notorios, podrian á algunos parecer imposibles y á otros sobrenaturales, si no colocásemos aquí su explicacion científica de una manera bastante inteligible, como van á ver nuestros lectores. Lo mejor que podemos hacer es transcribir el extracto de algunas notas halladas entre los papeles del inventor, y se verá que todo lo que podria parecer extraño en esta verídica historia, luego que se posee la llave del enigma, es tan natural como el espectáculo de una locomotora que avanza sin caballos.

II.

LA INVENCION.

Me costó algun trabajo percibir con claridad yo mismo la primera idea de mi invencion.

Una especie de intuicion vaga me decia que seguia un camino extraviado, obstinándose en querer dar direccion, por medio de motores comunes, á los vehículos aéreos, ménos ó más pesados que el aire. Toda fuerza motriz era fatalmente insuficiente en el mero hecho de exigir una maquinaria pesada. Cuanto más se aumentasen la magnitud y eficacia de las alas, velas ó hélices destinados á producir la locomocion, tanto más necesaria habia de ser una fuerza motriz considerable, imposible de obtener en el aire en razon del peso de las máquinas, sobre todo si estas exigian provision de agua y combustible. No se puede aumentar la po-